

LOS LIBROS

EL ESTUDIANTE DE LA MESA REDONDA, seguido de un noveln de la tierra, por *Germán Arciniegas*. Bogotá, 1935.

En el momento en que todos los pueblos de América buscan su expresión y sus pensadores consagran a ello los mejores esfuerzos, Colombia atraviesa por una inquietud literaria promisorra de un fecundo porvenir.

Si algún país se caracterizó, hasta hace poco, por su retoricismo y por el abandono de los problemas sociales y económicos fué el que marchó a la cabeza de la producción poética continental en el siglo XIX. En Colombia se destacaban las humanidades clásicas, con su cortejo de latinistas y de juristas, con historiadores limitados a una visión familiar y cándida del pasado, con líricos propicios a los desbordes metafóricos, con novelistas que no salían de la limitada proyección regional, como Tomás Carrasquillo, con oradores de amplia veste académica y de caudalosos giros arcaizantes. Pero esa etapa pasó junto con el surgimiento económico y con la exaltación de la juventud al gobierno y a la dirección financiera del Estado.

Desde hace algunos años, Colombia vive en permanente agitación literaria. Casi puede afirmarse que entró al ámbito de la cultura de hoy con los ensayos de Sanín Cano, tipo ejemplar del escritor macizo y del prosista de amplio vuelo continental.

Posteriormente, la literatura colombiana se ha enriquecido en el campo de la novela y del ensayo. Entre los descriptores de la tierra se han alzado nombres tan significativos como Oso-

rio Lizaraso, autor de *Casa de vecindad* y de *La cosecha*; Uribe Piedrahita, creador de *Toá* y de *Mancha de aceite*; Antonio García, con *Colombia sociedad anónima* y *Diez muertos obreros*; Rafael Arango Villegas, con su novela antioqueña *Asistencia y camas*; y otros que bastan para prestigiar el nombre actual de la novela colombiana. El ensayo también ha sido pródigo en libros de reciedumbre interpretativa, como lo prueban las *Divagaciones Filológicas y apólogos literarios*, de Baldomero Sanín Cano, *La melancolía de la raza indígena*, de Armando Solano, las páginas ácidas y novedosas de Fernando González, el orgánico volumen *Cómo se ha formado la nación colombiana*, de Luis López de Mesa y la reciente y vigorosa obra de Germán Arciniegas que provoca este comentario.

Germán Arciniegas se lanza aquí a la aventura novedosa y estimulante de arrancar del pasado americano el sentido nuevo de la historia que debe indicar las rutas del porvenir libertador del continente. El asunto ha sido ya tema de meditaciones y de fracasos para muchos escritores. Pero Arciniegas lo aborda con un brío certero que destaca su cultura y su excelente facultad de síntesis. Esto le impide embotar sus instrumentos de análisis en los laberintos de la erudición pedantesca. Así se explica el vigor sintético de las páginas medulares de *El estudiante de la mesa redonda*.

La mesa redonda es la historia. En su torno gira una interpretación nueva de América y de la vida colombiana. Comienza Arciniegas por meternos en el mundo escolástico y medievo, para relacionar sus vínculos con lo renacentista. Desde ese mundo ensaya una exploración ferviente y valerosa de los mitos de la conquista y de su arraigo en las mentes semicoloniales de los ideólogos americanos. Arciniegas rehuye el tópico españolista que ha emboscado una interpretación económica de la historia. Pero, a la vez, no se encharca en un materialismo vulgar. No desconoce ni apoca los méritos de la raza, sus estímulos colonizadores, su vitalismo étnico y su colorido tenaz.

Por el contrario, desligado de los prejuicios hispanistas al uso, tan gratos a las academias y a los cenáculos de cronistas e historiadores mareados por la *hispanidad*, señala los graves defectos del sistema español y mete su escalpelo disector en sus aberraciones.

Con tales elementos, Arciniegas nos lleva del mundo medioeval, que pervive en el Renacimiento y cambia de expresión en sus giros ondulantes, al meandro vigoroso de la Conquista. Desnuda sus prejuicios, fija sus límites, destaca sus valores y los relaciona, con finura atrevida, a los elementos más modernos de la evolución americana.

Había llegado el momento de hacer esta labor que necesitaba tanto de la intuición creadora del artista como del material documentado del erudito.

Arciniegas exalta el valor mágico de la Conquista. Era un tiempo en que el hechizo de un nuevo mundo iluminaba y conducía a los «mareantes», cuyas inquietudes destaca en un capítulo magistral y henchido de atisbos críticos.

La Conquista derramó sobre América, continente virgen y mágico, todas las energías potenciales del Renacimiento. Así se explican muchas de las actitudes originales de los caudillos de ese tiempo cuyas vidas sólo conocíamos por las pálidas biografías de los historiadores.

En las universidades de mareantes y de aventureros del siglo XVI se dibujó ya lo que iban a ser los primeros años de nuestra vida colectiva. Todos los apetitos, los impulsos, las ambiciones, los sensualismos y las gravideces del Renacimiento se lanzaron sobre la América, que ejercía el acicate máximo sobre las almas descontroladas de los almirantes, adelantados y encomenderos primerizos. Junto con este impulso vitalista que partió de esa época propicia, vinieron a América los primeros particularismos y las iniciales herejías.

El mundo peninsular estaba aún en forma. En su primacía espiritual católica y en su unidad política y religiosa estaban

vivos los sedimentos que extenderían generosamente las armas y la religión de Castilla por las más vastas regiones del orbe.

Pero también vinieron con los conquistadores algunos de los elementos que demorarán tres siglos en descomponerse y en cuyos primitivos gérmenes deben hoy atisbar los ensayistas la explicación de muchos sucesos sociales de América. En tal sentido, el libro de Arciniegas contribuye asombrosamente a eslabonar dispersos elementos de juicio que, a la postre, entregarán la visión total de nuestro cosmos.

En la Conquista, junto al aventurero sin freno y al trotamundos venía el capitalista que administraría los impulsos de un universo febril. Desde el primer momento, con la división de la tierra nació el germen de las próximas luchas sociales, alentadas durante el siglo XVII, exaltadas en el XVIII y reprimidas por la nueva legalidad en el XIX.

Cuando el aventurero había echado las bases de las primeras ciudades y del rutinario comercio primitivo, surgía a su vera el hombre positivo que utilizaba en su provecho todo ese tumultuoso río de instintos.

Así, como lo prueba Arciniegas en el excelente capítulo sexto que titula «Los Conquistadores», se instaló el capitalista, que era el gobernador y cuyo norte absoluto era la explotación colectiva.

Estos hombres alimentaban enormes pasiones y apetitos pantagruélicos. Eran capitanes de empresa, cuya explicación social no logran dar las historias almibaradas de los hispanistas a ultranza.

Procedían en función de extorsionadores. Dividían la tierra y al recibir al rey las encomiendas determinaba, sin sospecharlo siquiera, las futuras causas de estruendosas luchas sociales.

Eran, como ocurre a menudo en la vida de los pueblos, los que recogían el sacrificio primerizo de los exploradores, de los que amaban la acción pura y desinteresada en una especie de arte por el arte de la conquista.

Entre los tipos divergentes de la Conquista, señala Arciniegas algunas diferencias profundas. Para él había tipos, como los estudiantes y licenciados, que, como otras veces ha ocurrido, quedaban al margen de la historia en una especie de subclase de proletarios intelectuales. En este aspecto conviene destacar la diferencia que hay en la vida colectiva del trópico entre un Alfínger, banquero devastador de pueblos, y Jiménez de Quesada, el licenciado, que entró al reino de los chibchas como un protector de los indios.

Mirada hoy la historia de América desde el ángulo del materialismo histórico se aclaran sus horizontes y se desgarran muchos misterios que permanecían penumbrosos por la capciosa manera de ver los hechos que tenían los monjes y los engolados y no siempre objetivos cronistas.

Desde luego resalta la incomprensión religiosa. El indio no entendía al Dios antropomórfico de los católicos. En su mentalidad primitiva dotaba de voliciones a los seres inanimados, a los árboles, ríos, pájaros, animales y fuerzas de la naturaleza. El misionero no entendió nunca el mecanismo subjetivo del aborigen, por más que se aproximó a veces con generosidad a los laberintos insondables de la psique americana.

En otros aspectos, los historiadores modernos se han referido a los hechos de la Conquista como a un simple acontecimiento épico. No han entrado en sus complejidades ni han separado sus particularismos raciales y caudillescos de las grandes conmociones colectivas del Renacimiento.

La interpretación nueva de la Conquista sólo ahora se apoya en firmes bases de realismo objetivo. Esto se debe a que se ha abandonado la manera liberal, que en Chile ensayó Lastarria, de negar todo a la Madre Patria y de explicar los acontecimientos de la Independencia como una mera reacción contra los procedimientos seculares de la Península.

En la historia del estado en forma español y en su repercusión americana hay factores que, en el último tiempo, han sido

mirados con un criterio sociológico y no como acciones y reacciones de una simpleza digna de Bossuet en su *Discurso sobre la Historia Universal*. Toda la vida de los tres siglos coloniales, como surge en páginas de Arciniegas que dan la clave social de instantes decisivos de América, es una pugna entre la forma fijada por la dinastía de los Austrias y las fuerzas subterráneas y latentes que rompen el cascarón de un orden secular. Esta afirmación, que exhibiré algún día en copioso estudio, puede sostenerse realista y objetivamente desde los primeros años de la Conquista cuando Lope de Aguirre levanta las banderas simbólicas del primer separatismo en la isla de Margarita de Venezuela. Al mismo tiempo en Copiapó y el Tucumán australes, Francisco de Aguirre afirmaba su recio individualismo vasco, su luteranismo latente y su voluntad de poder tan asombrosa como el tumulto de instintos que germinan en su vida desde el sitio de Roma hasta sus empresas atacameñas.

El poderío secular de España se afirmaba en la autoridad real, a cuya sombra medraban los conquistadores sobre lo que felizmente llama Ramón de Basterra «un hacinamiento de voluntades». Pero estas voluntades unitarias recibieron el riesgo disolvente de poderosas ideologías que van desde la Reforma Luterana, en el siglo XVI, hasta las corrientes del despotismo ilustrado en el XVIII, cuando se destacan hacia Venezuela los llamados navíos de la Ilustración, de la Compañía Guipuzcoana.

Arciniega tiene atisbos extraños cuando se refiere a la Conquista desde un ángulo crítico a que no estamos acostumbrados. Para él, el espíritu germano de la Conquista se manifestó en Venezuela por la acción de Frederman y de los Belzares. Constituyen estos un estado de cosas que equivale a lo que certeramente denomina Arciniegas como el «atilismo». En ese momento se ponen frente a frente dos posturas o módulos políticos; la militar germanizada, y la dialéctica o tribunicia, que representa Quesada. No es raro, pues, ver desde ese instante dos estilos de vida en la historia del continente. Así se explica también el ca-

rácter bogotano, cuya historia a través de cuatro siglos es, para Arciniegas, una continuación de esta política.

En la Conquista luchan, entre otras fuerzas, esos dos tumultos vitales. Uno es el hecho consumado, la «*verità effettuale*» de Maquiavelo, el secretario florentino; la otra es el derecho popular, florecido a la sombra del Rey, conservado y dilatado por los Cabildos y por los Licenciados con aspectos románticos que saturaban de cierta democracia a sus actos.

El espíritu jurídico y retórico de Bogotá, que se completa en el sur por Santiago de Chile, patria de abogados e historiadores, tiene mucho que hacer con el origen de sus fundadores, hombres letrados como Jiménez de Quesada, vencedor de la fuerza con sus palabras sutiles, y como Valdivia, magistral escritor en sus severas cartas al Rey de España.

Arciniegas deja más adelante a estos hombres ferrados de la Conquista y desliza su visión por la suave siesta del coloniaje, cuando los instintos se adormecen bajo la fuerza ordenadora de la Iglesia. Echamos de menos, sin embargo, dos capítulos en este libro que, dada la sutileza de su autor, alumbrarían formidables aspectos de la existencia de ese período: la vida sexual; y la vida religiosa en su relación con las herejías y heterodoxias que la sacuden desde la Conquista.

En el Capítulo VII, «Los Seminaristas», Arciniegas explora muchos de los secretos del coloniaje y desmonta el mecanismo de esos hombres que viven entre la oración mental y «*espulgándose la conciencia todas las noches*». Afirma su escepticismo sobre las cunas de las antepasadas de la sociedad actual, que eran hembras amatorias y cálidas dedicadas a alimentar la hoguera de amor crepitante de las pasiones de los adelantados y exploradores. Sobre esta base se echaron los cimientos de la que más tarde sería una sociedad conservadora y pecata.

Declinando sus vidas, advirtieron en ellas el rescoldo católico que les daba normas e imperativos categóricos de moral. Así mismo he visto en los minerales y ciudades campamentos

del norte levantar la cúpula catedralicia de la moral social sobre sedimentos antiguos de pasiones colectivas. Pero este asunto escabroso sería tema de un libro, cuyos tópicos muchos presienten sin ánimo de darle *forma*.

La vida sexual, como la vida intelectual de la colonia; tuvieron, como otros aspectos de la existencia española, algo de clandestino y de ilegal. Tanto la Inquisición, como las autoridades seculares, eran severas externamente con el que asaltaba las maneras imperantes. Salvo el caso aislado y violento de la Quintrala, que promovió escándalos y sobornos para destacar su liberalidad erótica, las mujeres de ese tiempo vivían la turbia aventura del confesionario con su ilícita sollicitación, como puede verse en Chile y Perú por los acundosos estudios de José Toribio Medina sobre el Tribunal del Santo Oficio.

La vena erótica de los oidores e inquisidores no era débil ni moderada, pero a medida que se afianzó el aparato represivo del Rey y de la Iglesia—o sea lo que el obispo Villarroel llama *los dos cuchillos*—sus aspectos se hicieron más reservados.

La reserva erótica constituye uno de los caracteres más perfilados del continente, por más que en el coloniaje hubiera exteriorizaciones violentas en que lo religioso hasta puntear en lo freudiano, se estrechaba sobre moradas terrestres con los dulces lazos de Venus.

Pero esta ilicitud se completaba con la ilegalidad de la cultura española que ha motivado un reciente y profundo análisis de Ramón J. Sender. (*La cultura española en la ilegalidad*, por Ramón J. Sender, Revista *Tensor*, números 1 y 2, agosto de 1935, Madrid).

El convento fué muchas veces un refugio donde la cultura asumió formas avanzadas bajo la tranquilidad relativa que ofrecía el claustro. Así se explican ciertos generosos desbordes del humanismo jesuítico del siglo XVII, punteado de un sutil barroquismo en las letras continentales, como puede verse en el estilo de Núñez de Pineda y de Landívar.

Para Arciniegas, los pueblos coloniales exhibían concilios de burros y concilios de burgueses. No logra dar, sin embargo, la expresión justa de la vida ciudadana en la época. Respecto al fenómeno económico nos agrega estas palabras poco promisoras (Página 121): «Había fenómenos económicos, si, pero la economía no había alcanzado a organizarse como una disciplina o un estudio. No había el número de hechos suficientes para sentar un principio, no había en donde recoger datos, ni de qué recogerlos como para hacer andamio a una ideas, a una teoría material de la vida».

Esto no es rigurosamente exacto porque ya en el siglo XVIII se perfila un ideario económico que tiene expresiones continentales desde las ideas que bebió Bolívar del cargamento enciclopedista de los navíos de la Ilustración hasta las que, al sur del continente, alimentan, con severa austeridad, hombres como Espejo en Quito, Manuel de Salas, Irisarri y Camilo Henríquez en la Sociedad de Amigos del País, lejano reflejo de otra similar que alumbró con los destellos de la cultura diciosesca a los salones de Caracas.

Quizá Arciniegas no ha explorado en este aspecto de nuestra historia, pero ya desde el siglo XVIII se puede seguir con claridad la noción de una economía nueva, como puede probarlo el espléndido libro de Ramón de Basterra, titulado *Los Navíos de la Ilustración*. (Caracas: Imprenta Bolívar, 1925).

Arciniegas estima que la Inquisición es algo más que la voluntad de represión religiosa. Es una especie de institución que lo envuelve todo con sus redes de espionaje y que penetra en las paredes con sus ojos perforantes de Argos mutiforme y encapirotado.

La Inquisición abarca la Universidad, la Iglesia y todos los brazos seculares que completaban al cuchillo eclesiástico de que hablaba el teólogo y jurista Fray Gaspar de Villarroel.

Pero en algunas partes, por rivalidades y particularismo que hemos visto reflejarse a través de los procesos e inciden-

cias del coloniaje, surgen resistencias eclesiásticas imprevistas que detienen el poderío y la grandeza de los inquisidores.

A medida que se ve más claro en la historia de España y de América se acepta con mayor evidencia la hipótesis de la ilegalidad en que vivió la cultura durante muchos años dentro de las tierras en que se hablaba el castellano,

Esta ilegalidad llevó a la Inquisición a los más acendrados espíritus no sólo literarios sino religiosos. Desde Fray Luis hasta Santa Teresa, desde Mariana hasta Gracián, desde San Ignacio, hasta Jovellanos hay en la vida española una pugna entre la caparazón oficialista, representada por los inquisidores, y los instintos populares tan bien señalados en el Romancero y que vuelven a canalizarse en él cuando decaen las expresiones más refinadas y cultas del arte,

En el Romancero del Continente, como lo apuntamos al estudiar el libro sobre los cantos populares de Antioquía, del colombiano Antonio José Restrepo, busca su fuga el sentimiento popular. Porque siempre la expresión del pueblo logra vías de expansión y no hallándolas en las letras sino en instantes aislados y sorprendentes, se refugia en el remanso del romancero y de la paremiología. De ahí suelen salir mal parados los ricos y los curas, las mujeres mojigatas y los hipócritas que dominan en la cumbre del poderío social.

Un estudio analítico, con sentido socialista, del Romancero Americano y del Refranero Continental darían la clave de muchos resentimientos y celos de la compleja alma mestiza.

Así también se explican los tonos melancólicos que los ensayistas colombianos Armando Solano y Luis López de Mesa, hallan en la música, pintura y literatura hispano americanas. Este *sollozo de soledad*, de que habla López de Mesa, revela el canto continental, el gemido de un errabundo en el vacío.

El Capítulo Décimo, titulado «Los Obreros» ofrece también novedad, a pesar que podía aplicarse en su perspectiva crítica y económica.

«A la corona distante e incomprensiva dice Arciniegas— sólo podía ocurrírsele montar impuestos sobre impuestos. Estancos, pechos, tributos, alcabalas, no eran sino manifestaciones casi idénticas de una política fiscal en bancarrota. El oro había viciado de pereza la República española. Desaparecido el oro, no se pensaba en soluciones a base de trabajo, sino en hacer con el ocio una capital». (Página 155).

En algunas partes, como ocurrió en Chile, el lavadero de oro no sólo concentró en esa explotación la energía de los Conquistadores, sino que, a la postre, diezmó el capital humano y las reservas de hombres de las encomiendas. Así se explica que la población indígena descendiera desde cerca de un millón de habitantes, en el siglo XVI, a unos 180,000 en el siglo pasado. La diferencia se hundió en la encomienda, en la guerra, en el lavadero de oro y en la mina.

Cabe aquí el grave reparo que ha constituido el rompedero de cabeza de los historiadores hispanistas o hispanófilos de academia, que ha recibido el último tiempo nuevos bríos con el estimulante libro *Defensa de la Hispanidad*, de Ramiro de Maeztu.

La Hispanidad no puede constituir una alcahuetería histórica ni una burda complacencia con los errores psicológicos de la colonización peninsular. Es verdad que los españoles fueron generosos y fértiles al confundirse con el caos hirviente de las nacionalidades americanas. Pero en su sistema de explotación hubo siempre un divorcio respecto a las claras normas de las Leyes de Indias, tan citadas ahora, como ayer, para cohonestar los horrores y brutalidades de la Conquista.

La desidia peninsular, apoyada en el arbitrio de los impuestos y en la explotación descontrolada de la tierra por los encomenderos y más tarde por los vascos sedentarios que compraron las tierras de los jesuitas, acumularon, para nuestro tiempo, los gases explosivos de los resentimientos y de rebeliones campesinas.

Ya en el siglo XVIII, como lo exhiben Basterra, Arciniegas y Gonzalo Bulnes, se provocaron grandes levantamientos colectivos que hacían presumir importantes irregularidades en la explotación de los campesinos. (Vid: *Nacimiento de la República Americana*, tomo primero, por Gonzalo Bulnes, y *Los Navíos de la Ilustración*, por Ramón de Basterra, página 64, Caracas, 1925).

Estos movimientos, más instintivos que coordinados, son el de don Juan Francisco León, en Venezuela, durante el año de 1749, el de los comuneros que, en número de veinte mil, avanzaba sobre Bogotá, donde los recibe y engaña con su calma florentina el Arzobispo Virrey Caballero y Góngora, y la rebelión tremenda de Tupac Amaru. En estas luchas y conmociones sociales había también factores de índole regionalista y particularismos peninsulares que tomaron forma y color sangriento en la algarada de León, promovida contra los privilegios odiosos de los vascongados, ágiles y sanguíneos, según la certera frase de Basterra.

Los comuneros vieron más tarde malogrados sus esfuerzos. Se hallaron reprimidos, aplastados y arrasados por la mano represora de los juristas bogotanos. Estos sonreían al principio, bajo la presión del número. Envolvían sus propósitos adversos a los campesinos en huecas frases retóricas y en finas reticencias jurídicas. Pero en tal actitud hervía un deseo de venganza, un propósito fiero de exterminio.

Las tierras de los siervos se redujeron, más tarde, al hipotético «derecho de comunidad», que encerraba la artera traición del despojo.

Así se aplastaron estas rebeldías latentes y así desemboca la Colonia en los días cautelosos y propicios a la conspiración de la Independencia. Mucho surco abrieron las ideas de los hombres ilustrados, de los cultores de Rousseau, de los lectores subrepticios de la Enciclopedia. A este respecto y con motivo de esta época dice Arciniegas unas frases hoy tan reales como en el

tiempo a que son aplicadas: «La conspiración es la manera de atentado que acaricia el mozo de izquierda cuando se ve oprimido, se siente vigilado y no dispone sino de exiguos recursos para volcar un sistema que reposa en calicanto de siglos». Surgió así la Independencia, en cuyo caldero hervían pasiones de orden económico y social, de resentimiento criollo y de voluntad de poder entre los intelectuales y estudiantes desplazados.

Con el sentido de ilegalidad que ya advertimos en la cultura hispanoamericana se relaciona el hecho, a veces más vigoroso que la saturación racionalista del siglo XVIII, del desplazamiento de estas minorías o *étiles* intelectuales realizado por la alta burocracia peninsular.

Cada cierto tiempo en los períodos revolucionarios del continente veremos repetirse estas luchas por la adquisición del poder y de las influencias que germinan a su sombra, por parte de los sectores desplazados. No otra cosa es la violenta lucha social que agitó a Chile entre la clase media, tildada de *siútica*, que acompañó a Balmaceda, y los sectores frondistas del cuadrilátero que hizo la revolución de 1891.

Los últimos capítulos del libro de Arciniegas y el *Novelín de la Tierra* que lo completa, son como un comentario a los problemas actuales de América, a su destino colectivo y a su conciencia del futuro.

Ahí se critican con tino los defectos del civilismo, al mismo tiempo que se revisan sus cualidades creadoras que tuvieron un marco idéntico en casi todas las repúblicas hispanoamericanas.

La Universidad, desde el período romántico en que se cimentó, tendió a polarizar las fuerzas intelectuales, pero junto con hacerlo, apagó en germen casi todas las energías creadoras y agotó el espíritu de investigación. Por mucho tiempo la Universidad siguió asentada en el persistente subsuelo del Coloniaje. El estado vivía de fórmulas tomadas del derecho romano y en éste poseía su raíz secular de dominio. Pero en ninguna parte se

buscó la expresión genuina de la tierra. salvo en el coro de voces aisladas, en su esplendidez ardiente, de los hombres cimera del continente, como Sarmiento, Martí, Lastarria, Vicuña Mackenna, González Prada, Montalvo y otros.

Para Arciniegas, frente al estado en forma conservador, apoyado más tarde en la superestructura del imperialismo político y económico, han estallado tres protestas: el bandido o guerrillero, con tipos como Villa, Sandino y Zapata: el político y el estudiante.

Penetra el libro en esta parte a una zona actual y delicada. No se pierde en divagaciones y a menudo fructifica en revelaciones intuitivas o en certeras pinceladas de dramatismo.

El *Novelín de la Tierra* trata problemas más limitados para nosotros, como es la izquierdización o renovación del liberalismo colombiano y su postura ante el movimiento *unirista* de los conservadores de ese país, que surge de la palabra unir.

El *Novelín de la Tierra* concluye con un ardiente llamado a la búsqueda de la genuina expresión de América, no lograda aún ni por la buena voluntad de los ideólogos, ni por el fervor pasadista de los historiógrafos, ni por el libresco módulo de los sociólogos, ni por la equivocación dilatada y persistente de los políticos ya desacreditados.

«El novelín del campesino—dice Arciniegas—novelín de pesadumbre y de melancolía; el novelín de los surcos callados que va dejando la reja cuando rasga la tierra al moroso paso de la yugada; el novelín de los patrones recios que llegaron a América en las mismas naves con Francisco Roldán, es todo el novelín del continente. Del continente oculto que no descubrieron los españoles, sino que lo cubrieron con sus leyes, con sus templos y con sus encomenderos. El novelín de la América que está por descubrir y que sólo veremos cuando se rompe esta cáscara superficial que hoy la cubre, y pueda surgir su alma libre para decirnos las primeras palabras. Novelín, novelín de las voces calladas y de los gritos que quieren apagar los cantos del espí-

ritu; si un indio cauteloso dejara susurrar el canto que él no sabe, si la tierra de América pudiera reflejarse desnuda sobre el paisaje de un libro fiel, entonces diríamos que está naciendo el novelín. Y el novelín sería un indicio, una salida tímida, la primera salida de América incógnita: la revelación del continente desconocido». (Página 209).

Esta busca de la expresión de América, por encima de lo que tiene de mal asimilado su cultura y de lo que entraña de insincero su estructura, es lo que nos identifica y acerca al pensamiento de Arciniegas. Lo que él ha expresado con bellas y maduras palabras es lo mismo que desde aquí, como de otros puntos del continente, toma forma en las nuevas ideologías y alimenta los impulsos creadores de múltiples espíritus. No poco agrado debemos a Arciniegas por habernos acercado a su novelín, cuyo secreto encanto reside en la ancha senda que conduce hacia insospechados panoramas desde sus intuitivas y hermosas páginas. Con ellas se enriquece y acrecienta la literatura colombiana, que ha producido ya un Rivera, un Carrasquilla, un Sanín Cano, un Osorio Lizaraso, un López de Mesa, un Uribe Piedrahita, un Fernando González y un Armando Solano.—RICARDO A. LATCHAM.



UNA ESPECULACIÓN ACERCA DE LA FUTURA CULTURA DE AMÉRICA

Considerando «la caótica mentalidad del mundo actual», frente a esta hora de tan profundo sentido materialista, José G. Antuña se pregunta si es oportuno ocuparse en «los prístinos temas de cultura», que se examinan en su libro, recientemente aparecido, «El Nuevo Acento». La respuesta es precisa. Se trata de la futura cultura de América; y para Antuña lo que América reclama «es crear su historia, que no es otra cosa que elaborar su propio sentido espiritual; la afirmación de su presencia y la